

Revista de Revistas

LIBERTAD Y VERDAD, por Fr. Alberto. — Nuestras universidades son o centros de enseñanza de ciencias positivas, o bien centros de estudios históricos. En vez de Metafísica, Ética, Psicología, tenemos Historia de la Metafísica, de la Ética, de la Psicología. Nuestro conformismo con tal estado de cosas, es la consecuencia inmediata de la más absoluta carencia de espíritu crítico, para discernir entre lo verdadero y lo falso; entre lo auténtico e inauténtico.

Pero esto no es sólo defecto nuestro. Es la enfermedad misma de toda la cultura occidental. En un momento del diálogo *Heptaplomeres* de Juan Bodino, los contertulios se sientan a la mesa frente a una frutera llena de manzanas; algunas son artificiales, otras son verdaderas. ¿Cómo discernir las verdaderas de las falsas? He aquí lo trágico.

No sabemos distinguir la verdad del error. No sabemos y tememos el problema, porque nuestra filosofía conceptualista, escéptica, relativista, no nos da elementos de juicio para resolverlo. Frente a ese problema, el profesor medio de nuestras universidades, se siente como abrumado, y procura evitarlo, arrojando a su alrededor algunos epítetos tales como "escolástico", "falto de modernidad". Mientras tanto sigue la farándula de las palabras enloquecidas que se entrecruzan sin orden ni concierto sobre todos los objetos de conocimiento, sin poder decir nada en definitiva.

En el orden de los hechos todos condenamos a Rusia porque ambiciosa y prepotente, domina media Europa e invade Corea en el otro extremo del Asia. Pero, ¿qué tenemos que reprocharle? Si la moral es autónoma, Rusia ejerce un acto de perfecta autonomía; si somos "libres", Rusia pone un acto libre. Si la verdad es un condicionado de valores históricos, después de ocupada Corea la verdad estará de parte suya. Si no existen el bien y el mal ¿quién probará que el dominio de Moscú en el mundo sea un mal? Si se objeta que debe respetarse la autonomía de los demás, la propia autonomía es anterior al respeto de los demás. Ese derecho de los otros es algo dislocado, un elemento heterogéneo sin razón de ser en el sistema de la moral autónoma. Ese respeto es algo esencialmente voluntario; el modo concreto que debe asumir ese respeto, será dado únicamente por la misma autonomía. La moral kantiana, la moral de nuestra cultura occidental, la moral relativista, que mira la conducta como un condicionado de valores históricos, no tiene nada que oponer a la voracidad del Oso moscovita.

Es trágico pensar que en la filosofía de nuestra cultura occidental, todas las matanzas ejecutadas atrás y delante de la cortina de hierro, las venganzas y delaciones, todo es un *bien*, porque es algo histórico, acaecido en el seno de una cultura, de una comunidad histórica determinada. Otra cosa, según filósofos relativistas, sería "hacer escolástica".

Hemos perdido y tememos la verdad. La verdad y su distinción del error, fué objeto de seria preocupación no sólo para Aristóteles y Santo Tomás, sino para Descartes, Leibnitz, para Kant y otros grandes que les han seguido. No es pues un problema circunscripto al Medievo. Si fuera un bizantinismo, Kant no le hubiera dedicado toda su vida.

El hombre moderno ha llegado a temer la verdad: decir la verdad en filoso-

fía "no vale". Se ha creado una falsa conciencia de conformismo histórico. En todas las disciplinas del espíritu debemos conformarnos con la Historia. Ya no hay Lógica; tenemos la historia de la Lógica. No hay psicología o metafísica; tenemos historia de la psicología o de la metafísica. Ahora vemos el Conductismo, no porque sea verdadero o falso; mas bien, por eso mismo; no es verdadero ni erróneo; son palabras amontonadas alrededor de algunos hechos psíquicos y fisiológicos; no me comprometo en el angustioso problema de la verdad. En Gnoseología, ayer estudiaba a Fichte; hoy a Heidegger u otro cualquiera; el estudio de autores individuales no me compromete con la verdad. O por lo menos así lo creo.

No queremos reprochar a nadie de cobardía moral, como la de Pilatos; es un temor de conformación mental, medular, en el que participan hombres y sistemas.

No cabe el escepticismo en Química; pero se tolera y parece hasta elegante en Metafísica. Sin embargo acertar en la fórmula del carbono, vale mucho menos que acertar en la definición de la verdad. En la verdad teológica o metafísica han trabajado los más grandes ingenios de la humanidad; sin embargo, hoy, hay que alejarse del problema; ni tocarlo siquiera.

Por estos simples datos, cualquiera adivina la profunda crisis del mundo occidental. Crisis de verdad, de bien, de saber, falta de inteligencia de los principios basilares de la vida y convivencia humanas. Un no saber difundido sobre las cosas más capitales. Algunos hombres como Belloc ponen el origen de esta crisis en la Reforma protestante, cuando se rompe la unidad religiosa en la cultura occidental. Otros ven salir las raíces del Nominalismo.

Poco a poco se va haciendo luz sobre el Nominalismo; se va apreciando cada vez más su profunda influencia sobre los tiempos que le siguieron. El problema de los universales, lejos de ser cuestión de meras sutilezas, fué y es el campo de la lucha decisiva entre el realismo y el conceptualismo. O la metafísica y las ciencias hablan de lo real, o se reducen a una mera concepción. Si el objeto del entendimiento es lo singular y concreto como lo quiere Ockman, si sólo posee valor el juicio singular, ¿qué valor le queda al juicio universal? ¿qué valor le queda a la demostración y deducción que trabajan con proposiciones universales y necesarias?

Sin pretender esquematizar demasiado, ya tenemos en esta lucha entre el nominalismo y realismo, todo el drama de la vida moderna, de nuestro tiempo. Drama que aparece ya a los ojos de Descartes, pero que no lo resuelve por aceptar de plano las premisas del nominalismo. Drama que vuelve a reaparecer ante Leibnitz y Kant. Ninguno de los dos puede dar una solución definitiva porque ambos consideran intangibles las premisas del nominalismo. La identificación de lo real y lo concreto; lo singular como objeto del entendimiento; la falta de fundamento in re de los juicios universales, actúan destructoramente en la mentalidad de occidente, llevándolo a la ruina intelectual y moral.

Los juicios universales, transformados por el nominalismo en esquemas lógico-conceptuales, se transforman en los juicios a priori de Kant. Un conocimiento a priori, que regla los objetos de conocimiento, es el absurdo que se pueda un hombre imaginar. Tiene su lugar después de siglos de pensamiento esencialmente conceptualista. Su valor es querer dar una base al mismo conceptualismo. Decimos que es absurdo y anticientífico, porque es la base para que el conceptualismo subsista sin dejar de ser tal.

Es en esta dialéctica puramente de conceptos, sin fundamento en las cosas, que se desarrolla el pensamiento occidental. Sus bases son a priori, como lo ha enseñado Kant. El a priori es una interferencia en el proceso demostrativo, que

anula todo intento de demostración científica. El a priori es un proto-objeto inmanente y subjetivo, que reemplaza el objeto real, impidiendo su contemplación.

La metafísica, la teología, las ciencias todas en la medida que empleen la demostración, no identifican ningún objeto de conocimiento; ven el proto-objeto; ven una formación subjetiva, un esquema conceptual, a priori, sin fundamento en las cosas mismas. Así se estabiliza, con el auge del kantismo, el pauperismo metafísico más espantoso; el hombre que sólo tiene historia, que no puede distinguir las verdaderas manzanas de las falsas.

Digamos de paso que la caída no es más vertiginosa ni total, porque la Iglesia siempre le ha proporcionado elementos de vida y de restauración. Pero, en la medida en que se ha alejado de la Iglesia, el hombre siente crujir los cimientos de su existencia, y hundirse en el caos de la anarquía todos los valores de la civilización, y todos los principios de su salvación y su paz. *Presencia*, Buenos Aires, 14 de julio de 1950.

EL ORIGEN DEL CUERPO HUMANO: *Responsabilidad de los paleoantropólogos católicos.* Por el Cardenal Ernesto Ruffini. — En algunos ambientes católicos se ha difundido la impresión de que el problema del origen del hombre ha recibido en estos últimos tiempos tales y tantas aportaciones de las investigaciones paleoantropológicas, que nos vemos constreñidos, por amor a la verdad y por prudencia, a poner en entredicho las convicciones antiguas basadas sobre la Biblia, la doctrina de los Padres y la enseñanza ordinaria de la Iglesia.

También en Italia se ha afirmado recientemente en revistas y congresos de estudios que, desde el punto de vista teológico y filosófico, puede sostenerse la tesis de que el hombre, en cuanto al cuerpo, es el derivado último de la larga evolución de la materia viviente. El alma, creada directamente por Dios, habría sido infundida en un determinado momento en el cuerpo de un bruto que había alcanzado, tras un proceso evolutivo, un cierto grado de perfección.

Ahora preguntamos: ¿hay datos científicos que autoricen tal orientación del pensamiento? Si no nos equivocamos, éstos pueden ser de dos categorías: unos están tomados de la teoría general de la evolución, otros provienen de las modernas investigaciones sobre el hombre fósil.

Veamos si estos dos órdenes de argumentos legitiman verdaderamente una afirmación o hipótesis que ha permanecido hasta ahora a los márgenes de la ortodoxia católica.

La teoría de la evolución, se dice, representa una de las conclusiones más seguras de las ciencias biológicas; todos los científicos lo admiten como un *hecho*; si hay entre ellos alguna disensión, concierne únicamente al mecanismo a través del cual se ha llevado a cabo la evolución.

Reconozcamos que la evolución es admitida por muchos; pero negamos que esto constituya un acontecimiento del todo nuevo.

Se habla de evolución desde hace muchos decenios de años en las escuelas y en los libros, y, sin embargo, los católicos jamás han creído poner en duda las enseñanzas del catecismo de que el hombre ha sido creado, incluso en cuanto al cuerpo, inmediatamente por Dios.

La razón es que la evolución de los vivientes —tal como se propone— ha aparecido siempre como una simple teoría, o bien una hipótesis, no demostrada científicamente, aunque verosímil, y sea apta para explicar muchos fenómenos y para suscitar útiles investigaciones.

Recordemos a este propósito que hace pocos años, el preclaro profesor Sergio Sergi, antropólogo de la Universidad de Roma, explicándonos los pre-

ciosos cráneos de hombres fósiles que él poseía y había estudiado profundamente, decía ser evolucionista; pero de repente, con aquella honestidad científica que le honra, desviaba el discurso con la frase "Pero aquí se sale de la ciencia y se entra en la filosofía."

Que se trata de pura hipótesis de estudio y de investigación, lo han afirmado últimamente, entre otros, Lecomte de Noüy ("El porvenir del espíritu", Turín, 1947) y el profesor Contronei ("Tratado de zoología y biología general", Roma, 1949).

Se deseaba, además, poner de relieve que los científicos que patrocinan la teoría de la evolución están en pleno desacuerdo respecto de la amplitud que hay que atribuir al hecho de la evolución; hay quienes la extienden desde el ameba al hombre, otros que la admiten solamente dentro del ámbito de los tipos, y otros, en fin, que la restringen a la familia o al género.

Recogiendo cuanto se ha dicho por los competentes en la materia, se puede afirmar que la ciencia, desde la época de Darwin a nuestros días, no ha añadido a favor de la evolución de los vivientes ninguna prueba nueva que tenga un valor demostrativo mayor de las ya conocidas.

Es verdad que la aportación de la genética ha sido preciosísima; pero esta disciplina, si bien ha suministrado numerosos argumentos para la formación de razas nuevas y acaso de nuevas especies sistemáticas (microevolución), se ha mostrado del todo refractaria a apoyar la evolución de los grandes grupos (microevolución).

Pasemos ahora a considerar brevemente las novedades paleontológicas en favor de la derivación del cuerpo humano del antropoides.

Entre los hallazgos más importantes hay que recordar los verificados en el África austral y en la China del Sur. Se trata de una serie de formas de antropoides que constituirían el puente de enlace entre el "homno" y el hombre.

Es interesante seguir la discusión viva y contradictoria entre los peritos (confróntese, por ejemplo, Straus, "The riddle of men's ancestry", en "Quart. Rev. de Biol.", 24, 1949). Un punto solamente queda fuera de discusión: que se trata de restos de vivientes más o menos semejantes al hombre; pero mientras algunos los creen hombres primitivos, otros los definen decididamente auténticos monos de especies desaparecidas.

Junto a esta controversia han surgido siempre en el campo paleontológico hechos netamente contrarios a la hipótesis transformista de que el "homo sapiens" derive por evolución de animales (monos) antropomorfos, en cuanto que hablan del "homo sapiens" un ser más antiguo que el hombre de Neanderthal y del pitecantropo (cfr. Le Gros Clark, "History of the primats", Londres, 1949).

Para citar algún que otro descubrimiento, el famoso cráneo de Pitdown (Inglaterra), muy afín al tipo "sapiens", fué encontrado en un terreno (pleistoceno primitivo) que precede a aquel en que fuera encontrado el cráneo del tipo neanderthaliano.

Igualmente, restos de hombres preneanderthalianos, con caracteres de "homo sapiens", han sido encontrados hace poco en Swanscombe, en Inglaterra; en Keilor, junto a Melbourne, en Australia; en Crimea; en el África oriental Kanam, (Olrigasailier), y recientemente (1949), en Fontchevade.

El hombre de Fontchevade es el más antiguo que se ha encontrado hasta hoy en Francia, y pertenece a un terreno identificado, con seguridad, anterior a la glaciación de Würm.

Estos son, en las síntesis más esquemáticas, los hechos nuevos venidos a luz sobre la derivación del hombre.

No es, por lo tanto, lícito repetir la pregunta que nos hemos propuesto al principio: ¿La paleontología ofrece serios motivos para abandonar, a propósito del cuerpo del hombre, las convicciones tradicionales? Nosotros no lo creemos.

Tenemos, además, enormes dificultades para imaginar la acción del alma humana en un cuerpo con caracteres simiescos. La biología y la psicología notan en el hombre actividades superiores, entre las cuales se cuentan el pensamiento y la palabra, que requieren particulares estructuras anatómicas y fisiológicas del cerebro y de los órganos que sirven para la fonación.

¿Cómo explicar, por ejemplo, la palabra con un cerebro privado del pie de la tercera circunvolución frontal izquierda, como se deduce de los cráneos de los antropoides fósiles, cuando se sabe que basta un ligero traumatismo o una pequeña degeneración de tal zona central para impedir completamente el lenguaje articulado? Los transformistas hallan remedio con facilidad, diciendo que el Creador, en el momento de la infusión del alma, ha modificado el cuerpo del antropoide, adaptándolo; pero entonces, ¿qué se gana con la evolución en orden al origen del cuerpo humano, si éste ha tenido que ser al fin retocado, corregido, y quién sabe de cuántos modos, por el Omnipotente? ¿Se excluye la acción directa de Dios en la formación del cuerpo, para reconocer que es necesaria en la adaptación de éste a las altas funciones del alma?

El Padre Santo tenía probablemente ante sí todas estas dificultades e incertidumbres cuando, con profundo apego a la realidad y con igual respeto hacia el saber, en el discurso tenido en la Academia Pontificia de Ciencias el 2 de noviembre de 1941, después de haber proclamado que "en la cima de la escala de los vivientes, el hombre, dotado de un alma espiritual, fué colocado por Dios, como príncipe y soberano del reino animal", añadía: "Las múltiples investigaciones de la paleontología, de la biología y de la morfología sobre otros problemas que tocan al origen del hombre no han aportado hasta ahora *nada de positivamente claro y cierto*."

En fin, los transformistas católicos deben tener la bondad de reflexionar un instante con nosotros.

Sabemos por la revelación que el primer hombre salió de las manos de Dios como rey de la creación y fué elevado al estado sobrenatural. Tenía la gracia santificante, excelsos dones preternaturales, una rica dote de perfecciones naturales; raíz del género humano, había sido constituido como tipo y maestro de todos sus descendientes. Habiéndose rebelado contra el Creador, anduvo "errante y prófugo fuera del jardín de las delicias"; decaído espiritualmente, podemos bien creer que poco a poco decayó también físicamente. El cielo y el sol, el frío y el calor, los refugios y las selvas, tantos otros usos y trabajos, cambios de lugar y condiciones de vida humillaron fácilmente su rostro y su figura (cfr. discurso citado del Padre Santo); pero que también el hombre inocente, el prototipo del género humano, la obra maestra de la creación haya tenido forma y aspecto tan bestiales que requirieron largo curso de siglos para ennoblecirse y resultar el *homo sapiens*, es increíble. Es precisamente Adán, y Adán inocente, hijo de Dios adoptivo, el coronamiento de la creación del mundo, el que se debe tomar como punto de mira cuando se discurre sobre la evolución aplicada al origen del hombre.

Además, ¿cómo salvar el claro testimonio bíblico que nos presenta al hombre pasando a la vida por medio del soplo de Dios (Génesis, 2, 7), si, como pretenden los transformistas, estaba ya vivo antes? Y si, a propósito de la creación del hombre, se abandona el sentido obvio de la Biblia, acogido y confirmado por la constante tradición católica, ¿cómo se tendrá éxito al defender la historia del paraíso terrestre, la caída de Adán y sus consecuencias? Admitido

que el cuerpo de un animal vino en el curso de los siglos a ser apto para ser informado por el alma humana, ¿permanecerá bastante sólida la unidad en la justicia y en la culpa original, que constituyen el fundamento de toda nuestra santa religión?

Nuestros grandes teólogos, antiguos y modernos, como Santo Tomás de Aquino, Suárez, Scheeben, Hurter, Billot y no pocos otros, que calificaban la teoría de la evolución extendida al cuerpo del hombre como herética o próxima a la herejía, fueron acaso rigurosos en su juicio; pero no podemos pensar que no obtuviesen criterio y no poseyesen el *sensus Ecclesiae*.

Los materialistas de todas clases se han asido gustosamente a la teoría de la evolución, esperando que les ayudara a explicar el universo sin necesidad de recurrir a la potencia, a la sabiduría a la bondad de Dios; y no se han detenido ante el hombre, que entero —según ellos— entra en la serie interminable de los productos volutivos de la materia cósmica.

Los católicos, naturalmente, no se adhieren a tesis tan radical; pero alguno en Francia —y no de los menos representativos— ha llegado a ver confuso el límite entre la materia y el espíritu y hasta a ponerlo en duda. Tan fuerte es la lógica de las cosas. Cuando se pone un principio, es muy difícil limitar sus consecuencias, aun las más imprevistas y las menos queridas.

Tocar al origen del hombre, modificando y cambiando en esa materia la antigua creencia, es siempre un punto que podría conducir, si no al error abierto, al debilitamiento de posiciones importantísimas para la fe.

Concluyendo: no podemos menos de expresar nuestra profunda tristeza al notar que, mientras personas de indiscutible valor científico se muestran cada vez más desconfiadas con respecto al evolucionismo y al transformismo, hay hombres que se han hecho tardíos defensores de esa teoría y se enorgullecen de profesar filial devoción hacia la Iglesia apostólica romana.

Conjuramos a los antropólogos católicos a que ponderen seriamente la gravísima responsabilidad que les incumbe. *L'Osservatore Romano*, Roma, 3 de junio de 1950.

LA BIBLIOTECA VATICANA EN SU QUINTO CENTENARIO, por José Zunzunegui. — Ordinariamente suele colocarse el Año Santo de 1450 como fecha de arranque de la Biblioteca Vaticana. Fué entonces cuando Nicolás V, primero de los Papas del Renacimiento, se decidió a invertir gran parte de los cuantiosos ingresos que le proporcionó el año jubilar en comprar códices y copiar los que no se hallasen a la venta con el fin de formar la mejor biblioteca de la época en servicio de los amigos de las letras.

En realidad, la Iglesia romana nunca se había desentendido de los libros. Aun sin contar los numerosos volúmenes y documentos que desde el siglo IV conservaba en su archivo, sabemos de los Pontífices del Medievo que poseían gran cantidad de códices de autores profanos y eclesiásticos, que los transportaban consigo adondequiera que se veían obligados a peregrinar con su curia. Especialmente los Papas de Aviñón procuraron reunir una buena serie de códices en la torre de su palacio, llamada de los Angeles. Últimas investigaciones han logrado dar a conocer los inventarios de estas colecciones.

Pero estas bibliotecas eran consideradas como propiedad particular de los Papas, como libros destinados a su uso privado. Nicolás V, en cambio, pensó en la fundación de una institución que habría de servir a los eruditos de los tiempos venideros. Deseaba ser y quería que sus sucesores fuesen también los grandes mecenas de las buenas letras.

Nicolás V recibió de su antecesor, Eugenio IV, 350 volúmenes. Desde los

mismos comienzos de su pontificado se dedicó a la búsqueda de nuevos códices. Pero sobre todo desde 1450 se sirvió de una red de agentes esparcidos por todos los principales centros culturales de la cristiandad para localizar, copiar y adquirir los mejores manuscritos que en ellos se conservaban. Vez hubo en que envió a un emisario hasta Noruega para hacerse con un libro de Tito Livio.

El esfuerzo que desarrolló este gran Pontífice quedó coronado con el más halagüeño de los éxitos, como lo demuestra el hecho de que a su muerte la Biblioteca Vaticana poseía 807 códices latinos y 353 griegos. Para apreciar la magnitud de la empresa es necesario tener en cuenta que todavía la multiplicación de los libros por medio de la imprenta era un problema apenas resuelto y que las bibliotecas renacentistas más famosas de la época quedaron fácilmente superadas. La explicación del hecho se debe hallar, junto al prestigio del Papa, en el afán personal de un Papa erudito que no ahorra esfuerzos con tal de conseguir su finalidad.

Desde entonces la Biblioteca Vaticana ha ido enriqueciéndose incesantemente. Sixto IV (1471-1484) consiguió elevar el número de los códices a 3.650, divididos en cuatro grandes secciones: latina, griega, secreta y pontificia; León X (1513-1521), a 4.060. A principios del siglo XVII eran 6.026 los manuscritos latinos. Hoy son unos 60.000 los códices, divididos en latinos, griegos, árabes, armenos, coptos, etiípicos, georgianos, hebreos, indios, persas, siameses, eslavos, siríacos, turcos, tonquineses, etc., etc.

Junto a los manuscritos, tesoro inagotable y fuente de conocimientos de primera mano, se hallan los volúmenes impresos: más de 6.000 incunables y más de medio millón de libros de siglos posteriores.

Los libros han ingresado en la Biblioteca Vaticana de dos formas: o como parte de las colecciones reunidas por personas eminentes, y que después han venido a engrosar sus fondos, o también como producto de una compra sistemática para llenar huecos y tratar de poner al servicio del investigador las obras necesarias para su consulta.

Porque es de tener en cuenta que la Biblioteca Vaticana no pretende llegar a ser un depósito de libros en el que se halle representada toda la producción literaria de la época. Eso quizá queda reservado para las grandes bibliotecas nacionales, que, además del ejemplar que por prescripción legislativa tienen que entregar todas las editoriales de la nación, disponen de medios suficientes para adquirir fondos de librerías extranjeras. La Biblioteca Vaticana aspira a poseer todos aquellos libros que sean necesarios para aprovechar debidamente el riquísimo caudal que guardan sus famosas colecciones.

De entre éstas destacan el fondo Vaticano, que es el principal, compuesto de todos aquellos códices que no pertenecen a ningún otro; el Palatino, donado por Maximiliano, duque de Baviera, a Gregorio XV con ocasión de la conquista del Palatinado; el Urbinatense, producto de una confiscación llevada a cabo por Alejandro VII al duque de Urbino; el Reginense, regalado a Alejandro VII por la reina de Suecia; la biblioteca Barberiniana, Borgiana, Chigiana, etc., etc. La dirección de la Biblioteca ha tenido siempre cuidado en respetar la constitución de estos fondos, procurando imprimir sus catálogos correspondientes, si bien últimamente se ha entregado a la labor de confeccionar un fichero único y moderno en el que se hallen representadas todas las obras.

La Biblioteca, además, viene a ser en el Vaticano el complemento necesario para los investigadores del archivo secreto. Desde que éste quedó abierto a la investigación, a fines del siglo pasado, la Biblioteca tenía que suministrar infinidad de datos a los curiosos de lo inédito. Para ello se emprendió una obra de acondi-

cionamiento de la misma, de tal forma que fácilmente pudiese haber acceso a la sala de consulta desde las salas de los manuscritos y de consulta del archivo.

Pero el que más se distinguió en atender a la Biblioteca en estos últimos tiempos ha sido el Papa Pío XI. Bibliotecario de la *Ambrosiana*, de Milán, durante muchos años; prefecto de la Biblioteca Vaticana durante cuatro años, conocía perfectamente todas sus necesidades y posibilidades. Amplió el depósito de la Biblioteca, dotándolo de estantería metálica capaz de recibir más de 800.000 volúmenes; abrió unas amplias oficinas para llevar a cabo la debida catalogación de las obras; creó una escuela de Biblioteconomía, adjunta a la Biblioteca, e inauguró el servicio de restauración de códices, famoso en el mundo de los bibliotecarios.

Pero lo que más llama la atención de los que trabajan en la Biblioteca del Vaticano es su sala de consulta. Quien haya visitado y trabajado en las grandes bibliotecas nacionales y en la Vaticana habrá observado inmediatamente el abismo que separa a las primeras de la última. La sala de lectura de la Vaticana tiene más de 50.000 volúmenes escogidos, que se hallan al alcance del estudioso sin que éste tenga que cumplir más requisito que el de acudir él mismo al estante donde se halla el libro que desea. Cuánto supone esto en la marcha del estudio, donde muchas veces es una breve y rapidísima consulta de un dato la que hace falta, y que no se haría si hubiese que tramitarse largamente la solicitud de un libro, lo ve cualquiera.

Por eso no es extraño que eminentes personajes, aun muchas veces del campo no católico, hayan dejado estampadas en sus obras frases de admiración y gratitud a la dirección de la Biblioteca, que tan humanamente sabe tratar sus tesoros y tan grande confianza ha prestado a sus clientes. Al entrar en la Biblioteca Vaticana, como en todas las demás oficinas del Vaticano, se siente uno como en casa y queda prendado del trato exquisito de sus empleados, que desean aplicar también a este ramo de la actividad humana aquel espíritu de caridad que tantas veces inculca el Padre común de los fieles. *Ecclesia*, Madrid 3 de junio de 1950.